

Por entre los susurros

Alexandre Dias Ramos

Entonces la persona entra poco a poco, como si estuviera entrando en un lugar diferente del mundo real, mira para los lados, para arriba y para abajo, ve el conjunto del espacio, ve que hay una serie de obras y elige comenzar por algún lugar. Hay también aquel texto enorme en la pared, que se debe decidir por parar y leer (por mucho tiempo) o ceder y dejar para después. Entonces, antes de observar con calma la primera obra, un viejo conocido se aproxima, hay saludos, “¿Cómo está usted?”, “Como está linda la exposición”, “Llegue ahora”, “Fue bueno verlo”. Dos o tres personas saludan más adelante, usted da una miradita en el primer trabajo, va al segundo, “¿Blanco o tinto, señor?”, “Tinto”, es necesario atravesar la sala y saludar un artista, otro, y un conocido de este, “¿Cómo está usted?”...

Entre tantas cosas que se realizan en la ida a un *vernissage*, charlar es, sin duda, la práctica más frecuente; una acción social absolutamente prevista en el espacio preparado para recibir las obras y su público, o mejor, debidamente preparado para que ese ritual suceda. La exposición parece ser el asunto principal, el tema inicial para que sea posible reunir los invitados para la inauguración de la muestra, que algunas veces es mucho menos importante (o mucho menos interesante) de que la oportunidad de volver a ver los amigos, presentar y ser presentado a personas que comparten el gusto por el arte. El paseo por el espacio expositivo incluye la apreciación de las obras pero también de las personas que están allí para prestigiarlas. Cuando la exposición es buena, el evento es doblemente placentero.

Entre las personas que no se conocen, se nota cierto aire dislocado o *blasé*, un distanciamiento y una cierta desconsideración que hace con que, aisladamente, cada persona circule por el espacio expositivo con cierta autonomía. Para aquellos que se conocen, es una ocasión para tener una buena charla, mostrar cuanto se sabe sobre arte – un comentario específico, un susurro seguro sobre alguien o displicentes impresiones que terminan por afirmar (“naturalmente”) su posición en el campo. “Vi un cuadro de esa serie en la casa de un amigo”, “Ese trabajo me recuerda un poco el de Manzone en la década de 1960”. Raras son las oportunidades que se tiene de encontrar reunidas una buena cantidad de personas relacionadas al mundo del arte, en donde se puede hablar relajadamente, comiendo algo, tomando vino, sonriendo bastante y, en medio a todo eso, preparar contactos y negocios para un momento futuro.

Para el artista, es el momento que puede finalmente ver el público observando su producción, es cuando, de alguna manera, el trabajo se hace, y por eso es una situación de gran alegría – la experiencia de exponer y exponerse. Para el galerista (o director de la institución), es también un momento importante en el que puede, además de “volver a ver” su acervo, evaluar como las personas le evalúan, observar cómo su propio trabajo (como curador, por ejemplo) está siendo recibido – si ha resultado, si funcionó después de meses de investigación y producción. Para el público, es un momento de ocio, de poder tener una experiencia significativa con el arte.

Debemos darnos cuenta de que los *vernissages* poseen determinadas características entre sí, en el modo como los invitados se comportan, se saludan, como son servidos u observan las obras; todo forma parte de un *modus operandi* cuyas reglas fueron cultivadas a lo largo de años, en la propia convivencia con el campo de las artes. El *vernissage* se presenta como un lugar privilegiado de encuentro que celebra un conjunto de valores, objetivos y acciones que no siempre se revelan a simple vista. En gran parte del tiempo, el interés en la jornada inaugural apunta para una serie de factores (aparentemente) exteriores a la exposición – de la vestimenta al Currículo Lattes¹⁰ de los invitados – que se suma a otra serie de elementos invisibles, directamente relacionados a los movimientos en el campo, al capital social construido dentro y fuera de las salas de exposición. Sin embargo, no se puede decir que todo visitante tenga, en verdad, intereses creados, y que no está realmente interesado en las obras, sería injusto – debemos llevar a consideración que las personas están allí por voluntad legítima y sincera de compartir juntas un momento agradable; lo que quiero decir es que es necesario prestar atención a un conjunto de fuerzas mayor que pueden estar en juego en un evento de esa naturaleza.

La charla entre los invitados requiere una buena dosis de flexibilidad intelectual, no apenas de los contenidos envueltos en la conceptualización de las obras expuestas, de los aspectos técnicos y de la trayectoria del artista, pero principalmente de las cosas más triviales; se debe saber hablar a las personas sobre aquello que les interesa, siempre traer al diálogo un tono ameno, compartiendo siempre del punto de vista del otro – sin necesariamente adherir a él. Y, en el caso de una contrariedad, es necesario amenizar, relativizar el tema, hacer desvíos retóricos... dejar una discusión acalorada para otro momento. Una buena charla de *vernissage* nos conduce a ubicarnos en el lugar del otro, de interesarnos por sus ocupaciones, sus opiniones, acompañar los argumentos con la intención de compartir juntos aquel momento agradable. La situación no permite embrazos. Se valora la amistad y la elegancia, siendo así, por tanto, muy importante el rol de la etiqueta como condición previa necesaria para una sociabilidad general. Sin grandes intimidades, el invitado elegante es reservado, educado con todos, mantiene una cierta distancia entre los cuerpos y el cuidado con la postura y con los movimientos, demostrando, por sobre todo, dominio de sí. La plática es, en la medida de lo posible, más pausada, en el tiempo necesario para elegir bien las palabras; articularlas en un tono bajo y de la mejor manera, evitando jergas, palabras obscenas y, consecuentemente, descuidos. Los comentarios bien pensados pueden alcanzar una mejor categoría.

Es de vital importancia el comentario discreto, el susurro por entre los asuntos más generales, [...] las opiniones personales que no deben, por maledicencia o por respeto, salir del círculo que se forma en cada canto. [...] Hablando de esa manera parece una especie de juego de intrigas, pero estoy hablando en verdad de impresiones sueltas, de interjecciones amigables que aparecen en las interacciones sociales durante el acontecer de la exposición. Al recorrer el espacio, las personas comentan sobre lo que están viendo, sobre las obras y sobre otras personas presentes (colegas, amigos o desconocidos), divagan al respecto de uno u otro “suceso” relacionado al artista, delinear relaciones con otros artista y otros trabajos, en una construcción múltiple de informaciones. Un comentario puede llevar a los invitados a otro punto de la sala, para otra obra y a nuevas interpretaciones (o confabulaciones) que hacen del evento algo muy diferente de lo que sería una visita en un día sin celebración. “En el día del *vernissage* no se ve nada; quien va no está interesado en las artes plásticas, está interesado en comer y beber y ser visto”, “El caso es que mucha gente asiste y ahí la persona no aprecia todos los trabajos”, dicen algunos; “Voy al *vernissage* porque así veo la exposición y aprovecho para rever a los amigos”, dicen otros. Cada frecuentador deja su impresión.

Cuando entramos en la sala de exposiciones automáticamente nos convertimos en su público, pasamos a participar, de alguna manera, de su estructura, de su proyecto museográfico, de su curaduría y, aun que no tengamos visto las obras, pasamos a ser parte de ella. Antes de todo, existe una voluntad de confraternización, de ver y ser visto y, claro, de disfrutar de las obras artísticas y prestigiar aquellos que las hicieron. La exposición es enriquecida por un murmullo agradable y por impresiones que después quedan como... susurros.

En el bosque de la experiencia

Carmen Pardo Salgado

Entrar en un bosque es siempre un modo de poner a prueba el caminar, de ensayar recorridos, de tantear. Entrar en un bosque es también una forma de aguzar el oído y la mirada. Hay bosques densos, otros más claros; ecosistemas de una vida que se antoja primigenia y olvidada.

Siempre que se deja crecer la maleza, que se da rienda suelta a la exuberancia, se forma un bosque. Existen bosques para la mirada, para la escucha y el pensamiento, pero son siempre bosques de la experiencia.

La experiencia se convierte en un bosque cuando se desconoce lo que se va a experimentar, cuando el intelecto no tiene tiempo de marcar la distancia necesaria a la